

ORTEGA Y GASSET

La aventura de la verdad

JAVIER ZAMORA BONILLA

PRÓLOGO DE ANTONIO GARRIGUES WALKER

Shackleton
— b o o k s —

Ortega y Gasset

© Javier Zamora Bonilla, 2021

© del prólogo, Antonio Garrigues Walker, 2022

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton
— b o o k s —



@Shackletonbooks

shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación: Kira Riera

© Fotografía de la cubierta: © Archivo de José Ortega y Gasset (Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón).

© Fotografías: todas las imágenes son de dominio público. Algunas de estas imágenes forman parte de la colección de la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón.

La fotografía de María Zambrano está integrada en la colección de la Fundación María Zambrano.

ISBN: 978-84-1361-131-0

Depósito legal: B 40-2022

Impreso por EGEDSA (España)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prólogo, por Antonio Garrigues Walker	7
Advertencia y agradecimientos	9
Una filosofía para seguir pensando y entendiendo	11
Filósofo, pensador, intelectual	14
«Yo» y «circunstancia»	29
La fragua de su vocación	34
Filósofo en la plaza pública	44
España está invertebrada y Europa ya es un problema	64
Filosofía de la razón vital e histórica	71
Una madurez filosófica temprana	72
Pensar la vida como realidad radical en la sociedad de masas	82
Con y contra la República	103
Nuevas naves para la segunda navegación	112
El intelectual errante	123
El exilio	124
La vuelta a un mundo que no es el suyo	141
Cosecha internacional	154
Apéndices	
Obras principales	169
Bibliografía recomendada	177
Cronología	185

*A Isabel Sancho y Agustín Andreu
que me incitaron a pensar filosóficamente.*

«La vida es, esencialmente, un diálogo con el contorno.»

(Las Atlántidas, 1924, III, 752)

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Prólogo

Javier Zamora es un orteguiano de tomo y lomo, o sea, como dice la RAE, de consideración e importancia. Para darse cuenta de ello, basta con leer el resumen que hace de las obras principales de Ortega en este libro. Esa capacidad de síntesis profunda solo puede ofrecerla quien conoce bien el tema del que habla.

Doy por seguro que al maestro Ortega le hubiera gustado leer en su integridad el libro del profesor Zamora, que presenta su filosofía como una aventura en busca de la verdad, lo cual, además de ser un buen reclamo intelectual, es una historia llena de interés sobre la relación entre filosofía y verdad, y sobre todo un relato sin ínfulas, sin exageraciones, sin dogmatismos del proceso histórico de esa relación.

Este libro tiene, además, una cronología muy útil sobre la vida y la obra de Ortega y un amplio índice de nombres y conceptos. Conocer mejor la peripecia vital de una persona durante los acontecimientos históricos por los que transcurre su existencia ayuda a entender algunos sesgos

de su obra y también su talante intelectual y sus valores humanos.

El libro de Javier Zamora merece ser leído y estudiado. Es un libro honesto en el que se aprende a valorar la importancia de un autor como Ortega que representa un antes y un después de la filosofía y la sociología españolas.

Tenga por seguro el lector de esta aventura de la verdad que va a enriquecerse de nuevas ideas sobre la frase «yo yo y mi circunstancia», que sigue admitiendo lecturas muy diversas sobre todo por la coletilla esencial de «y si no la salvo a ella, no me salvo yo». Solo por ello, merecería la pena una intensa lectura de este libro, pero Ortega es mucho más que esa frase, y ese «mucho más» se encuentra con gozo en un texto que divulga con seriedad la importancia de la verdad en un mundo que, como afirma Jean-François Revel, la primera fuerza que lo dirige es la mentira.

Hay que agradecer a Javier Zamora que nos ayude en esta lucha.

Antonio Garrigues Walker
20 Julio 2021

ADVERTENCIA Y AGRADECIMIENTOS

Los textos de Ortega, salvo que se indique lo contrario, se citan por la última edición de sus *Obras completas*, 10 tomos, Madrid, Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010, que coordiné en el Centro de Estudios Orteguianos, según su última reedición de mayo y septiembre de 2017. Se pone entre paréntesis el número del tomo en romanos y las páginas en arábigos, *v. gr.*: (II, 117). Aprovecho para agradecer a mis compañeros el gran trabajo de investigación y edición que se llevó a cabo entre 2002 y 2010 para culminar este importante proyecto que puso a disposición de los lectores los escritos del filósofo en una edición crítica de gran calidad. Durante 2016 revisamos completamente esta edición para preparar su reimpresión y la edición digital, la cual se ha publicado en septiembre de 2020.

El trabajo que aquí presento, conscientemente aligerado de notas y referencias bibliográficas, se enriquece con las lecturas de treinta años de dedicación al estudio de la obra de Ortega. Esta nueva edición ha sido ampliada con algunos párrafos y una bibliografía. Sería largo citar a los muchos maestros, colegas y discípulos que me han ayudado a entender y profundizar más en el conocimiento de esta obra y de su contexto histórico, pero espero que cada uno de ellos sepa verse reflejado en el texto. A todos, mi más sincero agradecimiento. También a mis padres Isabel y Antonio, que nos dejó hace unos meses, mi hermano Jesús, mi mujer

Eva, mis hijas Alicia y Adriana, y mis amigos más íntimos. En nuestra convivencia y «conquerencia» —por utilizar una idea magnífica de la entradilla a la «Elegía a Ramón Sijé» de Miguel Hernández— recibo cada día nuevos alientos para el trabajo intelectual.

Una filosofía para seguir pensando y entendiendo

De una u otra forma cada uno de nosotros intenta darse razón de su propia vida. Cada uno busca entenderse desde la comprensión e interpretación del pasado sido para proyectarse en el futuro incierto. Somos, por tanto, cada uno de nosotros, a nuestra manera, filósofos, por lo menos de nuestra propia vida y del mundo en derredor, aunque no dispongamos de las herramientas técnicas que da el conocimiento de la historia de la filosofía en nuestro intento de comprensión de nuestro «yo» en nuestra «circunstancia», por decirlo con una de las más famosas frases del autor que aquí tratamos: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo» (*Meditaciones del Quijote*, 1914, I, 757). En este libro vamos a dar razón de vida de José Ortega y Gasset (1883-1955) y de su filosofía. El pensador español fue un intelectual comprometido con la verdad, y esta actitud, que es en sí misma una aptitud, le hizo priorizar en su comportamiento vital esta orientación hacia la verdad

sobre cualquier otro interés de partido, de grupo, de iglesia, de nación, etc. Esta independencia, este compromiso con la realidad, le trajo no pocos problemas, como veremos, en su vida. La comprensión de una vida ajena —incluso de la propia— es siempre un arcano, un misterio, un jeroglífico, decía el propio Ortega. Con este libro guiamos al lector al meollo de la filosofía orteguiana, la de la razón vital e histórica, porque, para el pensador madrileño, la filosofía tiene sentido si parte de la vida y va a la vida. Ortega fue contrario a toda abstracción y al pensamiento utópico, de ahí su temprana ruptura con el neokantismo tras unos breves años de haberse obnubilado con el mismo durante sus tres estancias juveniles en Alemania, aunque algunos rescoldos quedaron. La fenomenología de Edmund Husserl fue, sin duda, una fértil herramienta para salir de la que él mismo llamó «cárcel» («Prólogo para alemanes», 1934, aunque de edición póstuma, IX, 160) neokantiana e ir «a las cosas mismas», a la vida.

La vida de José Ortega y Gasset (1883-1955) fue una aventura constante en busca de la verdad. Como cualquier persona con inquietudes, en su adolescencia y primera juventud se planteó diversas vocaciones: filólogo clásico, crítico literario, profesor de instituto, periodista, científico, político... Al final, llegó a la conclusión —él diría que era su «destino»— de que quería ser «filósofo», lo que, como veremos, supuso, sobre todo en sus años mozos, una evidente vocación práctica, un nítido ánimo de actuación en la esfera pública. A su padre, el reconocido literato y periodista José Ortega Munilla, le decía en una carta del verano de 1902 —cuando acabó la carrera de Filosofía con solo 19 años—

que quería ser «un sabio», conocedor de muchas disciplinas para entender y transformar la realidad que le había tocado en suerte. Tuvo claro desde muy joven que la filosofía no podía quedarse encerrada en las discusiones de los seminarios universitarios o en los anaqueles de las bibliotecas, aunque también reivindicó, sobre todo en su madurez, la supuesta «inutilidad» de la filosofía, su carácter puramente teórico. La filosofía tiene que realizarse, también, de puertas afuera tras el necesario ensimismamiento, el diálogo con uno mismo que todo proceso reflexivo implica. Por eso, y por la situación de la filosofía en España a principios del siglo xx, y por su propia «voluntad de estilo», de escritor, de literato, Ortega decidió volcar su obra en artículos de periódico y en revistas, que eran el sustituto moderno del ágora griega, del foro romano, de las academias renacentistas, de los salones dieciochescos, de los ateneos decimonónicos, y de las plazuelas de nuestros pueblos y ciudades para construir «opinión pública», en el caso de Ortega con un claro afán de corregir la *doxa* (opinión) con la verdad. Una parte abrumadora de su obra, incluyendo sus principales libros, apareció primero como artículos en periódicos y revistas de España y de Argentina.

El paisaje de la sierra del Guadarrama, los secos campos de Castilla, las verdes montañas astures, la extensa pampa argentina, la ferocidad de una tormenta sobre la tierra seca, el suave carácter andaluz que todo lo conquista, el enamoramiento y el amor, el golf, el automóvil, las bicicletas en Holanda, los géneros literarios, las vanguardias pictóricas y musicales, los descubrimientos arqueológicos, la antropolo-

gía, las figuras del Sudán y de la China, la pedagogía y la universidad, la política y sus instituciones, los usos y vigencias sociales como el saludo, la pintura de Zuloaga, del Greco, de Velázquez y de Goya e, incluso, un «marco», al que dedicó una «meditación», fueron en Ortega alicientes para entender y ayudar a entender mejor el mundo que habitamos y la forma de estar y vivir en él dignamente.

Filósofo, pensador, intelectual

Si hay que elegir dos palabras para decir quién fue Ortega y Gasset, más que «filósofo», que lo era y en grado sumo, las que mejor lo definen son «pensador» e «intelectual», que en él implican la de «filósofo». Ortega mismo se definió en un texto de 1940 como «Intelectual» en contraposición al «Otro», al que no busca ni se interesa por la verdad. Ortega no solo construyó una de las filosofías más importantes y certeras del siglo xx, que nos ayudará a pensar en el xxi y en los sucesivos, sino que se acercó a los más diversos temas con actitud filosófica, para meditarlos y comprenderlos radicalmente, es decir, desde su raíz. La filosofía orteguiana parte de la «vida» como «realidad radical», que incluye el «yo» y su «circunstancia», y va a la vida, a la personal, que es necesaria convivencia con los otros, porque el ser humano, como dijo Antonio Machado en su *Juan de Mairena*, tiene un ser heterogéneo en el que la «incurable otredad que padece lo uno» está incorporada, llevamos «al otro» dentro como sociedad, como amor, como amigo, como enemigo,

como vecino, como compañero... Se piensa desde la vida y para la vida, y se piensa en convivencia. «El pensamiento no es, como la literatura, monólogo, sino esencialmente diálogo» (III, 664), escribió en 1924.

Ortega intentó ejercer influencia en su época. Utilizó su prestigio como profesor —catedrático de Metafísica de la Universidad Central desde 1910—, su presencia en los periódicos desde 1902 y en los medios culturales y políticos españoles desde muy joven, gracias al ambiente familiar en que creció, para orientar la opinión pública, y así influir en algunos de los principales acontecimientos de su tiempo y, sobre todo, conformar lo que él mismo llamó la «nueva sensibilidad» de un siglo que rompía con muchas de las formas sociales y políticas de la modernidad occidental.

La filosofía de Ortega se conoce con el nombre de «razón vital e histórica». El filósofo intentó pensar y entender el mundo en el que estamos para que cada uno de nosotros, cada persona concreta pueda orientarse en la circunstancia que nos ha tocado en buena o mala suerte, la cual nos abre una serie de posibilidades al tiempo que nos impone un cúmulo de dificultades. Las categorías de la razón vital e histórica son una manera de aproximarnos a la comprensión, siempre parcial, siempre insuficiente, siempre insatisfactoria, siempre contingente de la realidad, pero, al fin y al cabo, un agarradero para ayudarnos a entender esta realidad, tanto la más íntima y cercana a nosotros mismos —nuestro «yo»— como la «circunstancia», próxima o lejana, patente o latente, para encontrar nuestro modo de estar y actuar en el mundo.

Ortega es, además, un fabuloso escritor, uno de los grandes constructores de la lengua española del siglo xx, creador de varias palabras, por ejemplo «vivencia», y, sobre todo, de ideas y conceptos que han marcado una época. Juan Ramón Jiménez, que obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1956, justo un año después de morir Ortega, apoyó sin éxito unos años antes que se lo otorgasen a su amigo, con el que tanto había intimado durante largas conversaciones en la Residencia de Estudiantes, una institución que durante años reunió a buena parte de los mejores pensadores españoles, en compañía de su director Alberto Jiménez Fraud. Juan Ramón definió a Ortega como un «imán de horizontes» por su capacidad de atraer a gentes diversas a sus proyectos intelectuales y así ampliar el paisaje y generar nuevos otros que ofrecieran más amplias perspectivas y, con ellas, nuevas corrientes vitales.

Los libros de Ortega y Gasset son títulos muy conocidos. Ortega, desde muy joven, fue un intelectual de referencia en España. A partir de 1916, también fue muy leído en Iberoamérica, tras su primer viaje transatlántico. Desde principios de los años 30 en que se tradujo al inglés y al alemán *La rebelión de las masas*, se convirtió en un pensador renombrado en todo el mundo. En el Madrid de comienzos del siglo xx hasta la Guerra Civil, y en el Madrid de entre 1946 y 1950, cuando Ortega retornó de su exilio y quiso intervenir de nuevo en la vida pública española, en el Buenos Aires de 1916, de 1928 y de entre 1939 y 1941, en el Aspen (Estados Unidos) de 1949 con motivo del bicentenario del nacimiento de Goethe, y en muchas ciudades alemanas de

entre 1949 y 1954, y puntualmente de Gran Bretaña, Suiza e Italia durante la segunda postguerra, fue frecuente que cientos de personas, a veces miles, acudieran a escuchar a Ortega y Gasset hablar de filosofía.

Ortega, además, creó escuela, la conocida Escuela de Madrid, que agrupa nombres tan prestigiosos como los de Manuel García Morente, Xavier Zubiri, Fernando Vela, María Zambrano, José Gaos, Luis Recasens Siches, Antonio Rodríguez Huéscar, Manuel Granell, Julián Marías, José Antonio Maravall, Luis Díez del Corral o Paulino Garagorri, que siguieron de forma más o menos continuista o rupturista, según los casos, la filosofía orteguiana y partieron de sus presupuestos.

Si algo han destacado los discípulos de Ortega es que su influencia fue tal que, cuando empezaron a desarrollar sus propias obras, no sabían si las ideas eran propias, originales o se las habían escuchado alguna vez al maestro. Como varios de ellos afirmaron, convivir con Ortega y asistir a sus clases o la tertulia de *Revista de Occidente* era encontrarse con la filosofía realizándose, con la invención constante de nuevos pensamientos, de maneras de acercarse a la comprensión del mundo. Su discípulo Fernando Vela dijo que Ortega era «un acontecimiento» que transformó la vida de aquellos que se acercaron a él. También todos sus discípulos han destacado que el maestro les incitaba a seguir su propia vocación, sobre todo cuando esta era intelectual. Les aconsejaba no dejar nunca de leer, de estudiar y pensar, y no dejar de hacerse preguntas sobre la realidad y buscar respuestas, les invitaba a ser filósofos, rastreadores constantes de la verdad.

No es nada fácil lo que Ortega consiguió, agrupar entorno a él a una pléyade de intelectuales brillantes de materias diversas, principalmente filósofos, pero también historiadores, juristas, científicos y artistas de diversos campos, que encontraron inspiración en las ideas del filósofo escuchadas en las clases, los seminarios y las conferencias, leídas en los libros y en los artículos que casi a diario aparecían en los periódicos y, sobre todo, en largas conversaciones durante interminables paseos y tertulias, como muchos de ellos han recordado. José Gaos, compañero de Ortega en la Facultad, cuenta que el maestro pasaba a recogerlo con su coche conducido por el mecánico Lesmes y se acercaban a los descampados de Vicálvaro o a las primeras lomas de la sierra del Guadarrama para pasear. Ortega lo utilizaba de interlocutor para pensar en alto y desarrollar con la conversación, en muchos casos casi un monólogo, las ideas que se estaban fraguando en su mente. El filósofo hablaba y hablaba, pero, como ha dejado escrito María Zambrano, que fue su ayudante en la Cátedra de Metafísica, también sabía escuchar y se interesaba por la vida e inquietudes de sus estudiantes, los cuales caminaban muchas veces junto a él al terminar las lecciones desde la Facultad hasta la sede de *Revista de Occidente* en la nueva Gran Vía.

La tremenda tragedia que fue la Guerra Civil dispersó a este conjunto de intelectuales que se habían agrupado libremente en torno a Ortega. La política distanció a muchos del maestro, aunque todos siguieron bebiendo de su filosofía a pesar de que la comunicación verbal o epistolar se interrumpiese. El exilio de muchos sirvió para que la obra de Ortega

fuese difundida por sus discípulos en diversos países, principalmente de América. José Gaos y María Zambrano son buenos ejemplos. Ambos se distanciaron de Ortega no solo políticamente sino también filosóficamente porque consideraron que la «razón histórica» que el filósofo desarrolló en la que llamó su «segunda navegación» suponía una ruptura con los planteamientos de la «razón vital» que Ortega había pergeñado en los años veinte, y que a ellos les interesaba más y cuya evolución esperaban. Ahora bien, este distanciamiento no supuso una ruptura con la filosofía orteguiana. Zambrano lo dejó escrito en varias ocasiones: siempre sería su maestro. Gaos, cuando escribe sus *Confesiones profesionales*, afirma que no las llama «filosóficas» porque no está seguro de tener una filosofía sino de seguir la de Ortega.

Este interés por el pensamiento de Ortega y Gasset estuvo tempranamente acompañado de una crítica acerba por parte de pensadores católicos e intelectuales marxistas y, más tarde, postmodernos. Esta crítica se intensificó tras la Guerra Civil, casi siempre con un trasfondo político y, en general, centrada en la acusación de que su filosofía no era sistemática. María Zambrano, que sí pensaba que la filosofía de su maestro respondía a un sistema, afirmó que lo importante no era tanto este como el *methodus*, la «vía» para abrir camino en la comprensión de lo humano y del mundo, que es lo que hace Ortega.

Hay quienes al acercarse a un autor lo hacen desde la *discordia* y no le sacan jugo. En el fondo, no lo entienden. El ánimo en que se produce su aproximación les impide aprender de él. Hay gente que solo sabe polemizar, que solo sabe

pensar frente o contra, lo cual es necesario, pero que no sabe pensar con los grandes maestros. En lugar de la discordia en el ánimo, es recomendable el *amor intellectualis* del que nos habla el propio Ortega, recordando a Spinoza, en las *Meditaciones del Quijote*, para que este ser histórico y biográfico, viviente, que somos cada persona, que somos cada uno de nosotros, llegue a pensar por sí mismo, a sabiendas, no obstante, de que solo se puede pensar (bien) en compañía, en convivencia, integrando perspectivas.

Ortega es uno de estos grandes maestros, un clásico contemporáneo, con todas sus virtudes y todos sus defectos, con todos sus aciertos y todas sus limitaciones. Un clásico es un autor que simboliza el nivel alcanzado en su tiempo y, por lo tanto, nos sirve para entender aquella época en que vivió, pero, también, es alguien cuyos escritos nos siguen diciendo cosas en nuestro tiempo y nos incitan a pensar con él y afrontar con él los retos de nuestro presente. Hay muchas cuestiones del pensamiento de Ortega que hoy pueden considerarse superadas o insuficientes, tanto de su metafísica como de sus meditaciones sobre la política, la sociedad o el arte, pero su «experiencia de mundo» —por decirlo con el título de un precioso *Capricho* de Goya— nos puede servir todavía para ahondar en el conocimiento de nuestra realidad y de aquel tiempo histórico que habitó. Esto es lo esencial del diálogo que cada uno establece con los maestros, sean estos presentes o sean, como dice Quevedo, «las grandes almas que la muerte ausenta».

El pensamiento de Ortega —él mismo lo decía— es circunstancial, está inscrito en su circunstancia y solo desde su

contexto histórico se puede entender, pero puede seguir ayudándonos también hoy a pensar. Ortega fue un *espectador* atento al mundo que le tocó y un gran «sentidor» —por decirlo con Unamuno— de la cenestesia de su propio vivir y de su tiempo.

Se le ha presentado a veces como un hombre alejado de la realidad e inmerso en su metafísica, encerrado en su torre de marfil y distante, y otras veces, como un *bon vivant* interesado solo en su propio placer y despreocupado de los verdaderos problemas sociales. Lo cierto es que intentó comprender el mundo para *hacerse* su interpretación del mismo, su metafísica y, desde esta, vivir con dignidad y ayudar a mejorar este mundo. María Zambrano lo vio claro: Ortega, nos dice, estaba

obsesionado con «el otro», con «el monstruo de lo social», y no en un sentido negativo, o solo negativo, sino en un intento de comprensión del «otro», del ser humano en sociedad y de los necesarios modos de actuación para la mejora de esta y de aquel. Como nos pasa a todos, el mundo en que le hubiera gustado vivir no coincidió con el que le cupo en suerte, y muchos avatares de la vida lo llevaron por caminos que a buen seguro en su juventud no pensó transitar. Fue



José Ortega y Gasset en 1934, en los terrenos de la Ciudad Universitaria de Madrid. Al fondo, la Facultad de Filosofía en la que impartió clases. En uno de sus jardines delanteros se puede encontrar en la actualidad una estatua erigida en su honor.

una generación a la que le tocaron momentos muy difíciles: dos guerras mundiales, una guerra civil y dos dictaduras.

El mismo Ortega se preguntó en alguna de sus últimas conferencias por qué los alemanes, ciudadanos de una nación con tanta historia filosófica, recurrían a un filósofo de un arrabal de Europa para pensar los problemas de aquel tiempo o para hablar de Goethe, una de las figuras señeras del espíritu occidental ilustrado. Con motivo de la reedición de la traducción francesa de *La rebelión de las masas* en 2010, la prestigiosa radio nacional France Culture presentó a Ortega como «l'un des plus éminents représentants de l'humanisme libéral européen du xxe siècle» («uno de los más eminentes representantes del humanismo liberal europeo del siglo xx»).

Quiero destacar para finalizar esta introducción cuatro aspectos del pensamiento orteguiano que tienen alguna actualidad, que nos pueden ayudar a seguir pensando y que se desarrollarán con mayor hondura en los siguientes capítulos:

Primero, con su filosofía de la razón vital e histórica Ortega intenta lo que todo gran filósofo: comprender el mundo en que vivimos y, muy especialmente, comprender a ese extraño habitante del mismo que es el ser humano, a ese ser que no es una *cosa* sustante, estática, idéntica siempre a sí misma, sino una realidad radical viviente, conviviente, que se va haciendo, que viene de un pasado, se enfrenta a un presente y proyecta su futuro inmerso en una circunstancia que de algún modo modifica.

Según Ortega, todo ser humano tiene una filosofía, una metafísica, es decir, una interpretación del mundo por tosca

que esta sea, desde la que vive. La mayoría de las personas solo sabe vivir desde las creencias vigentes en el tiempo y hereda, sin hacerse cuestión, las cosmovisiones que encuentra en el entorno social. La filosofía de Ortega incita al ser humano a hacerse su propia metafísica, su interpretación del mundo, para que cada uno viva su vida auténticamente, ejerciendo su vocación. La concepción de la vida humana de cada uno como realidad radical, con todas sus insuficiencias, es una de las metafísicas más profundas que ha dado el siglo xx para la comprensión del ser humano en el mundo. Esta filosofía está basada en la idea de que toda vida humana como «realidad radical» es un «yo» más su «circunstancia», en la que aparecen todas las otras realidades. Esta vida humana no es un ser estático sino un «devenir», un ir haciéndose desde un presente, que se apoya en un pasado individual (biográfico) y colectivo (histórico), hacia un futuro. La vida es, como dice el filósofo, «futurición»: está siempre orientada hacia delante y no queda más remedio que ir haciéndose cada uno la suya, porque en su fondo más íntimo la vida es «libertad», es un «quehacer» propio, que si se atreve a ir más allá de «lo mostrenco social», en lo que inevitablemente hay que vivir, será «auténtica». Este es el camino, según Ortega, para «la felicidad»: la realización de la «vocación». Esta, cualquiera que sea, solo se puede cumplir en convivencia. Frente al ser suficiente que había buscado la filosofía hasta aquel momento, Ortega descubre, desvela como «realidad radical», un «ser indigente», en el que el «yo» y la «circunstancia» se necesitan y se apoyan o luchan mutuamente, un yo que lleva siempre un «paisaje» y

que crea su propio «mundo», sus «mundos interiores», solo en parte coincidentes con el mundo de los otros, el mundo objetivable.

Segundo: la concepción orteguiana y su análisis de las «crisis históricas» nos permiten comprender mejor el proceso evolutivo de los seres humanos a lo largo del tiempo y entender cómo estos han afrontado los cambios en la historia. Ortega analizó la crisis del apasionante y, al mismo tiempo, terrible momento que fue el mundo entre las dos guerras mundiales del siglo xx y, por eso, porque es un pensamiento de crisis, puede sernos hoy de gran utilidad para pensar nuestro propio tiempo, también de crisis, un siglo después. En 1933, el filósofo escribía en un texto nacido de una de sus lecciones universitarias —se lo decía, por tanto, a los jóvenes, que están hoy tan necesitados de escuchar palabras esperanzadoras— lo siguiente:

No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa, no saber lo que nos pasa: el hombre de hoy empieza a estar desorientado con respecto a sí mismo, *dépaysé*, está fuera de su país, arrojado a una circunstancia nueva que es como una tierra incógnita. Tal es siempre la sensación vital que se apodera del hombre en las crisis históricas. (*En torno a Galileo*, VI, 443)

En esos momentos que lo viejo ha dejado de tener vigencia y lo nuevo no se sabe aún qué perfil tomará. El pasado es una tierra conocida, por lo menos a grandes rasgos, el presente es un territorio problemático que nos obliga a actuar,

y el futuro es un paisaje incierto que hay que cultivar con la altura de miras que todo momento histórico exige. Cuando «la gente» deja de tener fe viva en las «creencias fundamentales» de un tiempo, que no son solo religiosas, estamos ante una crisis histórica. Las «vigencias sociales» dejan de serlo, por lo menos parcialmente o en una parte creciente de la sociedad, al ponerlas en cuestión nuevas «ideas» que imaginen un nuevo mundo, aún de forma confusa y limitada. Este nuevo mundo todavía no se puede habitar del modo en que vivimos en nuestras creencias —toda persona «está» en unas creencias quiera o no, afirma Ortega— porque aún no ofrece las garantías de seguridad, de certidumbre, que dan las creencias. Hasta que las nuevas «ideas» sustituyan a las viejas —siempre son viejas— «creencias», y estas no cambian todas de un golpe de un día para otro —Ortega nos habla de crisis históricas que duraron dos siglos—, se vive en «un mar de dudas», en dos mundos a la vez, el de las creencias antiguas que siguen ejerciendo su función en la vida social, aunque ya muchos no crean vivamente en ellas, y el de las nuevas ideas que luchan por construir un nuevo mundo creencial. Es la «dualidad del hombre gótico» de la que nos habla el pensador español para explicar el paso de la Edad Media a la Edad Moderna. No es difícil analizar nuestro momento histórico en parecidos términos de crisis y dualidad de mundos.

Tercero: el europeísmo de Ortega, defendido en su juventud para modernizar España y, más tarde, como un proyecto de construcción política federal de «los Estados Unidos de Europa» para hacer frente a la «desmoralización» de

Occidente, y su defensa de la democracia liberal como valor esencial de este proyecto son también aspectos vigentes del pensamiento orteguiano. Ortega decía que para salir de la crisis histórica en que Europa se había metido hacía falta una organización política europea *supranacional* —que contraponía a *internacional*—, la cual sería el contrapeso —lo dice en la segunda parte de *La rebelión de las masas*— de los totalitarios planes quinquenales de Stalin, del fascismo y de la presión de las civilizaciones china e islámica en las que el valor de la libertad individual no era esencial.

Cuarto: muchas de las ideas orteguianas alumbraron consciente o inconscientemente a numerosos actores tanto del proyecto de construcción europea como del actual sistema democrático español. Hoy es reconocido su influjo en el diseño constitucional del 78. Los principios que alumbraron la Comunidad Económica Europea, hoy Unión Europea, y la Transición española reflejaron bien el sentido del título de un libro en que varios textos del filósofo fueron compilados por la editorial Norton de Estados Unidos en 1946: *Concord and Liberty*, «concordia» y «libertad», dos expresiones del ideal ciceroniano republicano que Ortega analiza en su estudio *Del Imperio romano*, cuyo sentido veía también expresado en aquella exclamación con la que Shaftesbury quiso poner fin a las guerras religiosas que habían bañado de sangre la Europa moderna: *Liberty and letters!*, libertad y cultura como claves para la tolerancia y el entendimiento. La necesidad de concordar, desde la libertad de cada uno y el derecho a la discrepancia, sigue siendo un fundamento de la política, la cual no puede ser solo confrontación y, menos,

radical exclusión del otro, del diferente, del que piensa distinto, no puede ser una permanente lucha de amigos frente a enemigos.

Leer a Ortega es un apasionante itinerario por una de las filosofías más profundas del siglo xx, es un ameno recorrido por un lenguaje lleno de metáforas que nos deleitarán y nos harán reflexionar sobre las más variadas cuestiones, es un sendero que transita por unos ensayos que pretendieron pensar los temas más acuciantes y candentes de su tiempo, algunos de los cuales siguen siendo los del nuestro, y otros nos permiten entender históricamente el presente en el que estamos para proyectar un futuro que deberíamos conseguir que fuese más vividero. Quizá sea demasiada pretensión destilar todo esto de los escritos de Ortega, pero solo por el empeño ya saldremos reconfortados y agradecidos.